

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª, 1.ª

 Paquetes de 30 ejemplares . . . . . 1'00 ptas  
 Suscripción: España un trimestre . . . . . 1'00 . .  
 " " " Extranjero . . . . . 1'50 . .

## Sigue la farsa

Más que el Congreso y el Senado, el lugar a propósito para reunirse los políticos en la actualidad, debiera ser la Lonja o la Bolsa.

Los diputados y senadores más parecen representantes financieros de grandes empresas, que representantes del pueblo. Nada hablan de agricultura los que dicen representar distritos rurales y muy poco de enseñanza los que ocupan cátedras en las Universidades.

No se habla de otra cosa que de millones y de la forma en que han de emplearse. Millones para el ramo de guerra; millones para la marina militar; millones para algunas construcciones—pocas y muy caras—en las que siempre salen los cálculos equivocados, teniendo que dedicar a ellas doble cantidad de la presupuestada; poco, muy poco dinero para el ramo de enseñanza.

No se olvida ningún detalle que pueda suponer derroche de dinero. Por si no hubiera bastante con el presupuesto corriente, se está discutiendo, y tal vez a estas horas ya esté aprobado, un presupuesto extraordinario de 300 millones.

Véanse las siguientes palabras pronunciadas por el diputado monárquico señor Romeo en la sesión del Congreso del día 30 del mes pasado:

«Dice, que los 62 millones que constan en este presupuesto, no son para ir al África, sino para repartirlos a unas cuantas personas, civiles y militares. Es lo que en España se llama vulgarmente un momio.»

Tanto el gobierno como las llamadas oposiciones, no olvidan, a la hora del reparto, sus compromisos con las grandes empresas que, en forma de subvención, han de recibir buena parte de esos millones. Son compromisos de honor. Hasta las Mancomunidades, que también son la plataforma de otros grandes negocios, son compromisos que el gobierno liberal (a cualquier cosa llaman liberal) se cree obligado a cumplir.

Pero tal actividad, tal constancia, tal obligación de cumplir sus compromisos, sólo tienen eficacia en lo que se refiere a la distribución de fondos; pero aquellos compromisos contraídos solemnemente y que por no tener relación con los presupuestos habían de beneficiar al pueblo, esos yacen olvidados.

¿Cuántas veces ha prometido el gobierno derogar en plazo corto la absurda ley de Jurisdicciones? ¿Cuántas prometió indulto o amnistía a los presos por cuestiones políticas y sociales? ¿Por qué el gobierno recoge la herencia del anterior presidente en lo que es cuestión de dinero y no lo hace en lo que es una aspiración del pueblo?

Es que la farsa política continúa, y ante la inseguridad de poder disfrutar por mucho tiempo de los beneficios del acta, olvidan lo que al pueblo prometieron y se preocupan de que quede asegurado el presupuesto y los 300 millones.

Al gobierno, como a las oposiciones, incluso a los que blasonan de ostentar representación popular, les importa muy poco la derogación de la nefasta ley ni que los presos se pudran en las cárceles; es más; tal vez les convenga que el actual estado de cosas continúe, para que pueda servirles de plataforma si el probable cambio de gobierno hiciera necesarias nuevas elecciones.

Y decimos esto, porque los que hemos tenido la desgracia de perder nuestros juveniles años en los partidos republicanos, sabemos que si la ley de Jurisdicciones subsiste, es gracias a la cobardía de los diputados del gorro frío—incluímos al socialista—que no han tenido agallas suficientes para impedirlo o les ha conve-

nido dejarse convencer por las caricias gubernamentales.

Y respecto a la amnistía, están tomando el pelo a sus electores y les engañan diciendo que no se ha concedido porque Maura se opone a ello y esto no es cierto.

La amnistía no se ha concedido porque los obligados a pedirla no han querido hacerlo. Cuando han acudido al ministro mendigando gracia para los presos políticos y sociales, lo han hecho de manera poco noble, dándose por satisfechos con la libertad de algún compañero de su categoría que hablando con claridad, es lo que deseaban.

Si los diputados republicanos hubiesen deseado sinceramente la amnistía, hubieran presentado el correspondiente proyecto de ley, y ya se hubiera visto quiénes son los que se oponen.

Nada nos extrañaría esta conducta si se tratara de beneficiar a anarquistas y sindicalistas. Sabemos que los jefes de los partidos republicanos nos odian más que los reaccionarios; pero hay buen número de republicanos presos y emigrados y con ellos tienen esa obligación que cumplir; pero ¡claro está! los emigrados y presos pertenecen a la última categoría social, y para ellos no quieren poner en ningún apuro al gobierno.

Pero, repitámoslo para que de ello se percaten los que después de servir de escabel a sus ídolos se hallan en la cárcel o en la emigración; cuando los diputados republicanos dicen que el gobierno no concede la amnistía porque a ello se opone Maura, no dicen la verdad. No hay derecho a creerles mientras ellos no presenten el proyecto de ley.

Al expresarnos de esta manera no nos guía el despecho porque la concesión de la amnistía hubiera podido beneficiar a algunos compañeros nuestros. Nosotros todo lo que esperamos queremos deberlo a nuestro propio esfuerzo; pero en nuestra propaganda antipolítica queremos llevar la convicción a los obreros que aun militan en los partidos políticos, de que son engañados por sus jefes de la manera más denigrante.

Los prohombres de la política sólo se acuerdan de los trabajadores en período electoral; pero cuando han conseguido el acta, cuando ya son dueños del Tesoro nacional o local, bien sea por administración o por colaboración, sólo se ocupan de sus intereses, los que acrecientan rápidamente.

Vedlos en la actualidad. Unos pidiendo millones para construir barcos; otros para comprar cañones; otros pidiendo mejoras de sueldos o gratificaciones para su clase; otros reclamando derechos pasivos para que la patria premie servicios que no se le han prestado, y todos ellos, con absoluta unanimidad, concediendo pensiones a viudas millonarias.

Ni un solo proyecto que beneficie al pueblo que los ha elevado; al pueblo que produce las riquezas de que ellos disponen; al pueblo al que insultan unas veces con su silencio y otras con inicuas persecuciones; al pueblo que desconfía de los que le piden su cooperación, su apoyo para la emancipación del proletariado y se entrega al que debiera despreciar porque le explota moral y materialmente: al político.

Fijaos en él, trabajadores, y le veréis absorto en el reparto de los millones, de los que se destinan gran parte, la mayor, a empresas destructoras. Ahora no es ocasión de fijarse en vosotros ni en vuestros compañeros presos. Ya lo harán en visperas de elecciones.

Mientras tanto, puede el baile continuar. Sigue la farsa.

## Bajo los mirtos

Mi amigo y tocayo el fogonero de la «Clayton», hizo, arrancándose a su nido, con unos jilguillos; metiéndolos dentro de una jaula y encomendó a los padres de aquellos alados prisioneros la atención de su mantenimiento. Mientras los jilguillos no se han podido valer por sí propios, la cosa ha ido perfectamente.

Los padres de las orías, revoloteando sobre la jaula, asiendo de sus barrotes, metiendo sus picos por entre los alambres, no han puesto en mal lugar sus obligaciones paternales.

Desde un arbol, frontero a la ventana de donde colgaba la jaula, vigilaron durante días y más días a los cautivos hijos; hasta endulzaban a gorríos las angustias de su pri-

ellos, más audaz o más fuerte, subió al envite de sus dos alas al cielo mismo de su cárcel.

Eran los jilguillos cuatro. Anteayer hacían su primera manifestación de pájaros independientes, capaces de vivir por sí propios. Ayer amanecían muertos sobre el enrejado de la jaula.

¿Quién los mató? Sus padres.

Mientras los piquillos crecieron de valimiento individual, sus padres, sin tener en cuenta la variación del nido, pensaron que sus criaturas, llegada la ocasión de hacerlo, abrían las alas y se lanzarían únicamente a la atmósfera, para vivir libres entre los matos campesinos, para enamorar sobre las ramas de los árboles, para fabricar entre ellas una a los hijuelos de su amor.

Anteayer comprendieron que eso no ocurría; que sus criaturas eran esclavas, que en prisión quedarían a perpetuidad para deleite de su cautiverio.

No serían pájaros libres dueños de sus alas, de sus garras y de sus picos; serían siervos, condenados a morir entre alambres entonando himnos en holocausto del señor.

Los padres, repugnando tener hijos esclavos, prefirieronlos muertos. Y los mataron, introduciéndoles por sus intestinos los picos simientes venenosas, que en instantos les hizo descubrir.

Más hicieron. Por si el veneno era ineficaz, luego de hacérselo engullir a los crías, volvieron alicates sus picos y arrancaron a los hijos la lengua. Podrían éstos sobrevivir al tóxico; pero, si tal desventura llegaba, no entonarían himnos al opresor.

¿Verdad que es hermosamente heroica la acción de estos padres? El derecho a la libertad, la protesta contra la opresión y la esclavitud, puestos por encima de todo, hasta por encima de la existencia de los hijos. Para no ser libres, para no cantar libremente, bien están los hijos muertos y sin lengua.

Arriba, en el árbol que enfronta la ventana, cantan aún los dos jilgueros parricidas. Ante ellos me inclino en reverencia.

Buen ejemplo ofrecen a los hombres que, sin valor para combatir, sin arretos para evitar a sus criaturas la opresión y la esclavitud, se arrojan ante los tiranos del cetro, de la cogulla y de la talega, y educan a sus hijos para que sigan prosternándose ante esos tiranos y cantando himnos en su honor.

JOAQUÍN DICENTA

## EL TEATRO MODERNO

### La noche del sábado

Tenemos en el teatro ancho campo de investigación social, y aunque no sea todo lo sano que sería de desear para la contribución del espíritu educativo, hay obras, sin embargo, que satisfacen los anhelos de los que luchan por redimir a la humanidad de sus necios errores.

Bueno es hacer constar también la indiferencia del pueblo por el arte escénico y la ignorancia característica en que se encierra.

Desearíamos que el teatro de Benavente interesara y por eso vamos a dar un boceto de *La noche del sábado*, novela escénica en la que el ilustrado autor se manifiesta como un idealista de primera fuerza.

Un artista hace su obra maestra tomando por modelo a una pobre muchacha cuyos ruegos siempre habían sido despreciados, pero un día su voz dejó la incertidumbre de la súplica y tomó las entonaciones de mandato. Habla tal convicción en su palabra, que el creador no tuvo más remedio que atenderla y, en efecto, cinceló una estatua.

El pedestal es de roca abrupta y sobre ella trepa con energía una mujer desnuda para alcanzar una bóveda de oro. Esa mujer puede ser la encarnación de la idea y del arte, como puede ser también el esfuerzo de los oprimidos para alcanzar el poderío sobre el mundo resplandeciente de justicia. Su nombre es Imperia y su vida se consagra al triunfo en la conquista de la riqueza. Divinizada por el arte, se siente fuerte de voluntad y llega por su energía a dominar en el gran mundo y alcanzará un trono. Pero no olvida su humilde origen y hay que ver siempre en su actitud el desprecio de los magnates que la rodean. Su orgullo de clase vejada se muestra en magníficos arranques y vituperos en su amante la mezquindad, la concupiscencia y la fuerza ficticia de los que gobiernan el mundo.

Ella se siente siempre ligada a los suyos y bien lo demuestra, cuando en la magnificencia de sus ricas galas, desciende a un sordido bodegón sin temor alguno, a librar a su hija, hija del amor, de las abyectas asechanzas de un príncipe horriblemente libertino, que llegaba en sus cruentas bacanales al más refinado sadismo. En su locura viciosa reclutaba en la ciudad a los más miserables y hambrientos trasladándolos en macabro cortejo al depósito de los suicidas o asesinados, les lanzaba las monedas de oro que a veces caían en la sangrienta grieta de una herida. Y allí era de ver el asán de las manos, que se hacían garras para obtener el rico botín. Pero este príncipe, frío e inmovible, perece en la taberna apuñalado por Imperia. Esta escena es de una belleza trágica. Para despreciar a la policía que entra de ronda en el establecimiento donde se consuma el acto justiciero, los concurrentes en sus trajes arlequinescos de comediantes se ven forzados a simular una danza rodeando el ca-

dáver del príncipe, sostenido por sus amigos como en un desmayo de embriaguez.

Imperia se lleva el cadáver a su palacio o sea al del heredero del trono, de quien es la favorita. La policía se entera e interroga a Imperia y ésta confiesa la verdad real, pero oficialmente el príncipe se habrá suicidado, porque así interesa a las altas esferas y así conoce Imperia la intriga para dictar sus mandatos. Pero queda Domina, su hija, que languidece de terror y del amor inmenso que siente por un hombre que no la corresponde y que se presta a fingir cariño a cambio de oro; pero al fin se cansa, reclama su libertad y se rebela contra su farsa, lo que motiva la muerte sentimental de la pobre muchacha. Y roto este lazo que detiene a Imperia en el camino de su encumbramiento, ya no le resta más que seguir su idea y unirse con el nuevo emperador para regir los destinos del país.

El artista que ha despertado su energía no la abandona; es el amigo que la impulsa a seguir su camino, porque el ideal no debe retroceder pues que es el triunfador imperecedero.

El título «La noche del sábado» obedece a la leyenda de que las brujas se reúnen esa noche en conciliábulos, y como Benavente, con su talento y penetración, sabe hermanar lo ideal con la realidad, de ahí que presenta almas desnudas en sus aquelares, hermanas en sus fantasías, descarnadas de la ficción en que una vida vulgar les atormenta.

He aquí a grandes rasgos la tesis de la obra. Describir todas las bellezas escénicas es tarea ardua para ser transcrita en los límites de una croniquilla.

Sólo nos resta recomendar interés por conocer las obras teatrales de Benavente.

M. COSTA ISCAR

## El aplastamiento del individuo

Entonces le harán la merced de una cama del hospital para morir.

\*\*

Y millones de hombres, generación tras generación, pasan así su existencia y llegan a la muerte sin haberse siquiera preguntado qué lugar ocuparon en la tierra y tacho menos en el universo.

Periódicamente la primavera ostenta la belleza de sus variadas tintas verdes y circula la savia llevando la vida rebosante; el verano prodiga sus flores a manos llenas, de colores brillantes, espicando los campos y los bosques de ricos matices armoniosos; los pájaros modulan sus cantos más encantadores; los arroyos y los ríos siembran el frescor a su paso, arrastrando la menuda arena de sus lechos, y multitudes de seres humanos habrán ignorado esto toda su vida, no conociendo de las flores más que las raras y marchitas muestras que vende el floricultor en las fiestas de los patronos, no habiendo visto de los bosques sino aquellos rincones en donde el domingo se precipita la multitud y no habiendo oído de los pájaros más que el gorjeo de los enjaulados, triste emblema de su propia existencia.

Y aun de los obreros de la ciudad muchos son los que ni siquiera han franqueado el muro de su recinto.

Únicamente unos pocos privilegiados pueden permitirse el lujo de un «paseo» por el campo, en familia, paseo que cuando tienen hijos se trueca en una nueva fatiga, pues los medios de transporte cuestan caros, no se puede ir lejos y lo mejor del camino hay que andarlo a pie, llevando a cuestas las vituallas para mayor economía, y gracias que la «jira campestre» no engendre motivos de disputa al final de la jornada.

¡Inútil es decir que el mar, las montañas, las obras maestras de la Naturaleza como las del arte, las conoce la mayoría de las gentes por los cromos que exhiben en los escaparates de las librerías. Verdad que maldita la falta que les hace.

¿Son muchos los que sabrían apreciarlas?

¿Acaso tiene tiempo el trabajador para ocuparse de estas tonterías?

¿Dónde encontrará tiempo para aprender a conocerlas? Penas, miserias, privaciones, dolores y fatigas; he aquí toda su vida.

No guarda espacio ni tiempo para los sentimientos artísticos, para las especulaciones filosóficas, para la necesidad de cultura intelectual.

¿Cómo podría pensar en la belleza de un salto de agua, en la gracia de una estatua de Praxiteles, distinguir la diferencia de un Puvís de Chavanne y de un Greuse, cuando no se está seguro de que al día siguiente pueda dar pan a los hijos?

¿Cómo se dejará sentir la carencia de conocimientos intelectuales cuando todas las facultades están absorbidas para conservar el trabajo que hace vivir, y lo que es peor, cuando hay que buscarlo?

Y cuando a pesar de todo el cerebro del desheredado se eleva hacia la concepción de todas estas cosas, entonces el sufrimiento se agranda, porque estas nuevas necesidades son difíciles de satisfacer.

Y si llega a la concepción filosófica de la solidaridad de los seres, mayormente aumentan sus sufrimientos, porque entonces, en medio de una sociedad privilegiada, siente más vivamente el dolor ajeno.

Pero entonces es también cuando se rebela.

\*\*

Y a esta vida están condenados la mayor parte de los seres humanos.

Vida, no diré del bruto, puesto que el bruto es libre en la pampa y en el bosque, en el páramo y en la estepa. Va y viene, corre, salta en toda libertad, husmea el aire libre de un lado a otro de su área de residencia, deteniéndose cuando se siente fatigado, caminando cuando siente la necesidad de ello, pero siempre libre, libre, y con sus garras y colmillos, su habilidad y su agilidad para defenderse de sus enajigos.

Si a veces la lucha por la existencia es también dura; si la presa es rara y no siempre a su alcance cuando el hambre se despierta; si en ciertas ocasiones los enemigos superiores en número y en fuerza obligan al animal a defender su vida o su territorio de caza, por lo menos no está avasallado por sus semejantes que le explotan, le obliguen a galopar cuando los bosques umbreros le invitan al descanso, a permanecer inmóvil cuando su sistema nervioso, excitado por la sangre que hierve en sus venas, sólo pide gastar el excedente de fuerzas que le impulsa.